Revista Chungará Nº 11, noviembre 1983, *111-133*
Universidad de Tarapacá, Arica-Chile

La isla del Alacrán: antecedentes prehispánicos, su papel en la defensa colonial de Arica y análisis de sus ruinas

SERGIO CHACON C. y JORGE HIDALGO L.
Instituto de Antropología
Universidad de Tarapacá

RESUMEN

En base a obras publicadas y al material arqueológico rescatado en la limpieza y consolidación turística de esta ex isla, se intenta una microhistoria de las fortificaciones coloniales y republicanas tempranas de Arica. Se establecen los lugares de sus emplazamientos y se concluye que las actuales ruinas de las fortificaciones de la ex isla del Alacrán corresponden a un proyecto inconcluso de mediados de siglo XIX.

ABSTRACT

A history of the Arica forts during Colonial and early Republican times is traced, documented by written records and salvage archeacological excavations, done while cleaning and preserving Alacrán Isle for tourism. The possible locations are suggested and conclusions are drawn that the present-day ruins of the Alacran fort correspond to an unfinisched structure of the 19 century.

Frente a la costa de la ciudad de Arica, a 18º28' de latitud sur y 70º20' de longitud w, se encuentra la ex isla del Alacrán. Los 456 metros que la separaban del continente, con una profundidad promedio de 2,7 m, fueron ocupados por tetrápodos y una faja de tierra que se levantó en 1965 para unirla al continente y proteger del oleaje, que se desplaza del suroeste, el flanco sur del puerto artificial que se construyó en la misma fecha. La ex isla tiene una superficie de 49.369 m^2, con 310 m en su mayor extensión y 250 m en su parte más ancha (Enciclopedia de Arica, 1972, 4-5; Conrado Ríos, 1941; Departamento de Navegación e Hidrografía de la Armada, 1961, 71; Diario *La Concordia* de Arica, 15 y 18 de noviembre de 1967).

Al margen de su interés geológico, de su fauna y algas, de la belleza del oleaje que rompe en sus rocas, nos interesa su ocupación humana y en particular el origen de las ruinas de una fortificación que se encuentra en ella. La creencia popular imagina que allí se libraron batallas contra los piratas que asolaron la costa de Arica. Incluso la Enciclopedia de Arica induce a pensar que serían construcciones coloniales tardías al señalar que se levantaron mucho después de 1676 como "un fuerte o castillo seguramente con veinte o más 'bocas de fuego', que era el decir de entonces para referirse a la potencia de la artillería de un barco o de un bastión" (ob. cit.; 224).

Nos proponemos en este artículo discutir esa hipótesis, contrastándola con las evidencias documentales y con aquellas que resultaron de las labores de limpieza y restauración de la fortificación que se efectuó en 1977 con el concurso de la Ilustre Municipalidad de Arica, Servicio Nacional de Turismo y la Sede Arica de la Universidad de Chile, donde uno de nosotros participó activamente. Nuestros datos indican que las construcciones de la isla del Alacrán son del siglo XIX, que se trató de un proyecto inconcluso y que su ocupación como guarnición militar duró sólo un corto tiempo. Para los lectores y visitantes de Arica, nos pareció interesante dejar en este artículo los antecedentes históricos coloniales, que, si bien no todos están

directamente vinculados con la isla, constituyen una evidencia indirecta o negativa de la ocupación colonial de ella; por otra parte permiten destacar otros puntos geográficos costeros donde se realizaron construcciones fortificadas, hoy completamente desaparecidas.

Debemos reconocer una deuda con el historiador de la cultura chilena don Eugenio Pereira Salas, quien años atrás, mirando la mampostería y la cantería del fuerte de la isla Alacrán, nos hizo notar que el estilo no correspondía a las construcciones españolas y que, en consecuencia, su construcción sería una obra republicana.

Los antecedentes prehispánicos de la isla

El roquerío que hoy conocemos como la ex isla del Alacrán ofreció al hombre prehispánico una variedad de productos. Allí cazaban cetáceos y lobos marinos, recolectaban algas, mariscos y huevos de aves marinas; pescaban desde ella peces y octópodos. Llegaban a la isla en balsas construidas con: a) haces de totora (similares a las del lago Titicaca); b) con cueros de lobos marinos inflados (la tradicional embarcación de los changos); c) maderos (como las miniaturas de "tres palos" que pueden verse en el Museo de San Miguel de Azapa).

Además de los comestibles, la isla atraía por el guano de las aves marinas, acumulado por siglos sobre sus rocas.

Algunos cronistas sugieren que aquellos pescadores trocaban el pescado seco y el guano por los productos de los agricultores de tierras altas. Cieza de León, que recorrió estas costas en 1547, nos cuenta lo que sigue:

> "Más adelante están los ricos valles de Tarapacá. Cerca de la mar, en la comarca de estos valles hay algunas islas bien pobladas de lobos marinos. Los naturales van a ellos en balsas y de las rocas que están en sus altos traen gran cantidad de estiércol de las aves para sembrar sus maizales y mantenimientos, y hállanlo tan provechoso que la tierra se para con ello muy gruesa y fructífera... y como tal contratan con ello, como cosa preciada, unos con otros" (cap. LXXV).

El cronista Gerónimo de Bibar insiste que estos pescadores se especializaban en la captura de lobos o determinados tipos de peces: "Así que cada género de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no a otro" (cap. VI); esto favoreció diferentes sistemas de trueque, pero también establecimientos transitorios en la isla cuando las circunstancias lo hacían aconsejable.

No cabe duda alguna que la isla del Alacrán como tal fue visitada por el hombre desde la prehistoria.

Sus huellas son manifiestas. Durante la limpieza hecha hace seis años, la única por lo demás a que ha sido sometida la isla, se encontraron varios lugares rellenos con diversos materiales; entre ellos llamó la atención de los investigadores que dirigían los trabajos una apreciable cantidad de elementos arqueológicos, fragmentación cerámica, en especial de la del tipo utilitario. Se pensó que ella no podía haber sido transportada a la isla precisamente para rellenar el suelo. Sólo cabían dos posibilidades: Los restos de cerámica podían provenir de un cementerio precolombino, destruido por el oleaje que dejó sólo los restos cerámicos de los ajuares funerarios, o bien, su origen, estaba en el "basural" dejado por campamentos establecidos por "indios guaneros" o pescadores.

Desgraciadamente, ambas hipótesis no pueden ser comprobadas; la sistemática explotación guanera de la isla removió y transformó toda su infraestructura.

Testimonios históricos de esas poblaciones que dominaban la costa de Arica han dejado los primeros cronistas, quienes relataron las expediciones marítimas pioneras a la costa sur en apoyo a la expedición de don Diego de Almagro (1535-1536). Las embarcaciones españolas navegaron en contra de la corriente de Humboldt, lo que hacía muy lento su desplazamiento, y enfrentaron en cada desembarco el ataque de los nativos que les causaron muertos y heridos. Por estas razones y el mal estado de sus barcos, Diego García Alfaro, Ruy Díaz y Pedro Gallegos, que encabezaron esas expediciones, no pudieron continuar al sur de Chincha y Arica. El capitán Ruy Díaz, en el primer intento, dejó el barco en Chincha y continuó por tierra, siguiendo la ruta de Almagro. Uno de sus barcos, el *Santiago*, después de

reparaciones, continuó al sur, logrando llegar hasta Los Vilos y reunirse con la expedición de Almagro. Sin embargo, en el trayecto, frente a las costas de Arica y Tacna, en un intento de obtener agua, fueron atacados por los nativos quienes hirieron a un buen número de marinos y dieron muerte a cuatro.

En enero de 1536 salió del Callao el piloto Pedro Gallegos al mando del *San Pedro*, cuyo casco, carcomido por la broma, sólo le permitió llegar a la rada de Arica. Inmovilizada la nave, fue sitiada por los indios, quienes desde sus balsas estuvieron a punto de destruirla o tomarla por asalto (Villalobos, 1954, cap. VII).

Vicente Dagnino (1909) y Luis Urzúa (1969) interpretan que "los indios guaneros de la isla del Alacrán" fueron quienes protagonizaron este episodio de resistencia a la invasión hispana de sus costas.

Según el cronista Fernández de Oviedo [1557], una de las mejores fuentes para el estudio de la expedición de Almagro, el "Sanct Pedro estaba surto en un pueblo de la provincia de Tacana [o sea Arica], a que los indios daban guerra a la gente de la mar". Enterado Almagro de que el navío llevaba meses sitiado envió al capitán Juan de Saavedra a su socorro. La oportuna llegada del auxilio salvó a los marinos europeos de morir de hambre, sed, o de que los navegantes aborígenes "le tomaran las anclas y quemarán el navío con muchas balsas que para ello habían hecho..." (Fernández de Oviedo, 1557: 251).

La fiesta de la llallagua y el nombre de la isla

El nombre de la isla del Alacrán, en términos simples, podría tener su origen en la forma de la isla o bien en la abundancia de aquella clase de arácnido en la costa de Arica[1]

Sin embargo, el eminente historiador peruano, nacido en Arica, Rómulo Cúneo-Vidal, cuenta una leyenda que explicaría el nombre de la isla de un modo más complejo. Según su versión, en el valle de Azapa y al pie del morro se habrían practicado *monstruomaquias*. Es decir, lides con presuntos animales monstruosos llamados *Llallaguas* o *Uturuncus* en "quechua, o Alacranes, en boca de castellanos, reminiscencia de antiguos monstruos marinos, que entraron en las costumbres religiosas y civiles de los pueblos de la costa, y cuyo punto de irradiación fueron Palpa, Nasca y Pachacámac".

Supone Cúneo-Vidal que en ciertas fechas del año bajaban los pobladores del interior para celebrar la fiesta de la lidia con el alacrán mítico y sagrado.

En estas ocasiones los nativos representaban a ese ser por medio de una armazón de tacuaras o cañas, cubiertas con "telas que reproducían los flancos de un monstruo marino", y sigue Cúneo-Vidal:

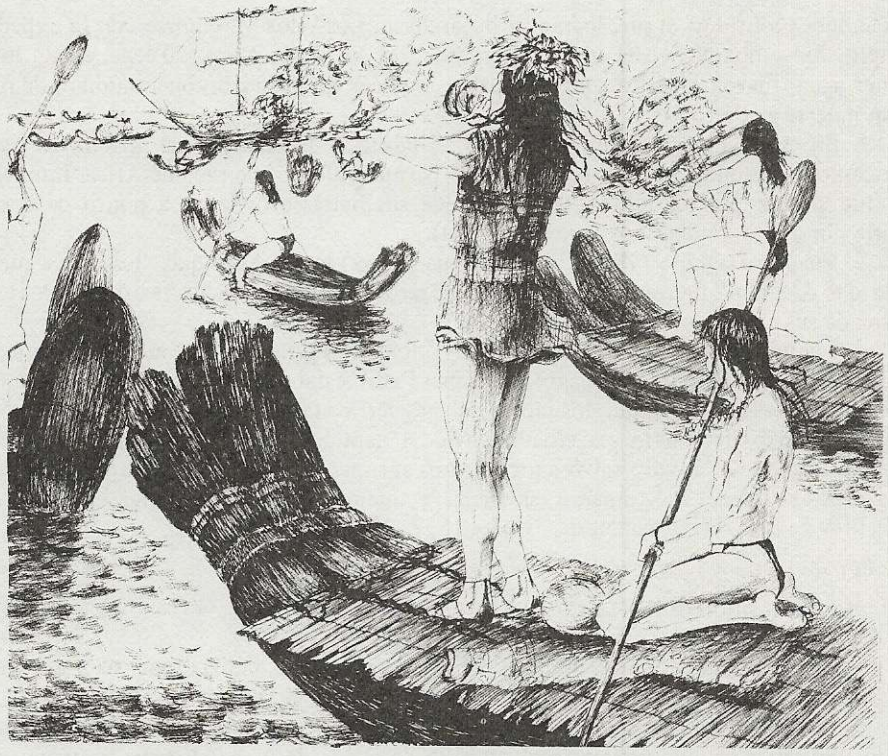
"Ocultábanse en el ancho vientre del monstruo hasta doce hembras desnudas, es de creer que pertenecientes a la casta sacerdotal, y en su cabeza dos, armadas con sendas cuchillas".

Propone Cúneo-Vidal que aquellos ritos serían similares a los observados en otros puntos del planeta donde normalmente un grupo de danzantes se mueve al interior de un dragón sagrado.

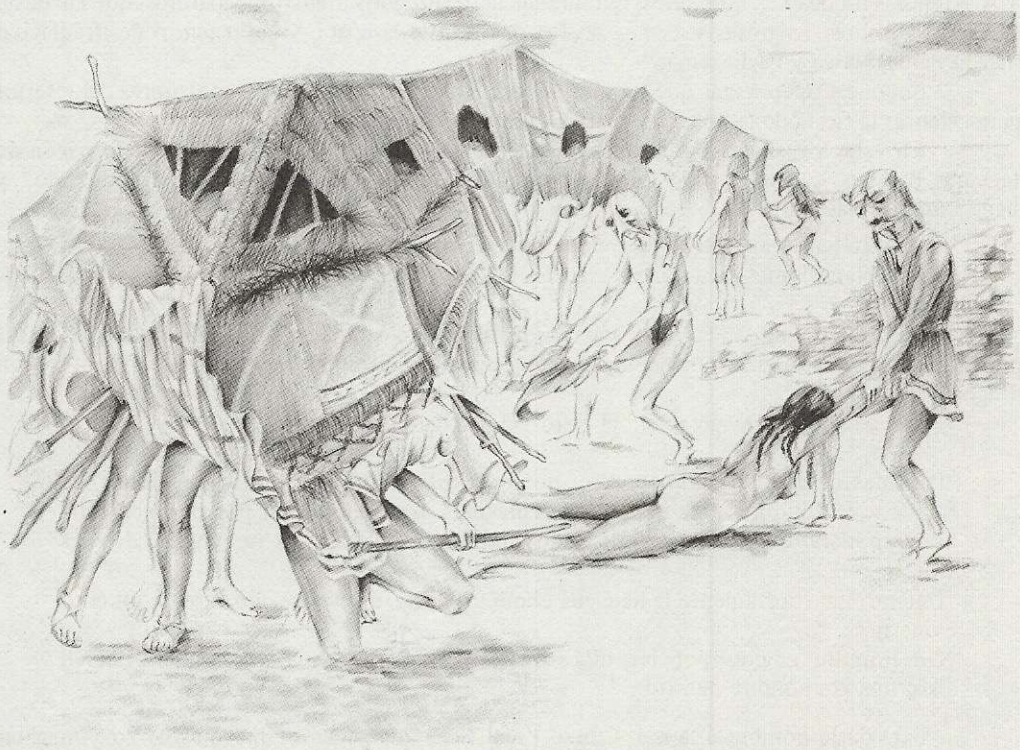
Llevado por su imaginación, el historiador citado agrega:

> "Parvadas de monstruos menores –hombres disfrazados de pumas, de monos, de zorros y de cóndores– acosaban a la llallagua y trataban de dar por tierra con ella hasta apoderarse de las sacerdotisas que hubo recatadas en su seno, y gozar de ellas sádicamente..."
>
> "Defendíase bravamente la llallagua como lo haría un enfurecido toro en un coso moderno".
>
> "Un hombre cogido por las mocetonas aposentadas en el rostro del Alacrán disforme, era hombre muerto..."

Para darle nombre a la isla, Cúneo-Vidal tiene que hacer un nuevo esfuerzo e imaginar que los indígenas amedrentados por la prédica religiosa que habría visto en aquella ceremonia algo diabólico, pero aún respetuosos de sus dioses ancestrales: "optaron por poner a salvo al



Batalla de los indios guaneros de Arica con el *San Pedro* (1536). Ilustración de Gustavo Espinoza.



Representación libre de la mítica festividad de la Llallagua en las playas de Arica. Ilustración de Gustavo Espinoza.

caparazón de que solían revestirse, en la isla que tuvieron a la vista, a la que dieron en adelante el nombre de "Isla de la llallagua", nombre que los castellanos tradujeron a la forma de "Isla del Alacrán", por el parecido que se les pareció encontrar entre la llallagua y un monstruoso alacrán". (Cúneo-Vidal), Vol. 5: 28-30).

Los términos *llallagua y uturunco,* que Cúneo por equivocación los atribuye al quechua, son en realidad palabras aimaras. El vocabulario de la lengua Aimara del padre Ludovico Bertonio, publicado en 1612, da las siguientes acepciones: "*Llallahua* = papa, o animal monstruoso, como dos papas pegadas, o como una mano, un animal de cinco o seis pies, etc."; "*Uturuncca, Uturuncco* = Tigre".

Francisco Chambi, campesino aimara, residente en Arica muchos años, nos dice que, efectivamente, ambas palabras aimaras están asociadas a la idea de lo monstruoso. *Llallagua* sería una cosa doble, pegada, monstruosa. *Uturuncco,* un enorme animal de la selva, fuerte y poderoso. Un ser mítico, como un elefante o un tigre. Piensa el mismo informante que la leyenda de Cúneo-Vidal podría ser cierta. En las danzas andinas actuales los hombres se disfrazan de tigres, osos y otros animales para asustar y divertir a mujeres y niños.

A nosotros nos quedan fuertes dudas, pero nos parece una historia interesante que enriquece la mitología ariqueña.

Una razón para dudar de esta leyenda es que la primera referencia al nombre de Alacrán para la isla la hemos encontrado en un mapa de 1785; antes de esa fecha las relaciones y mapas coloniales la mencionan como la "Ysla del Puerto", "isla frente al Morro" de Arica o de "isla del Guano" (Véase A. Wormald, 1972a, Apéndice V, Mapas y documentos).

La isla del Alacrán y las fortificaciones españolas de Arica

En los siglos XVI, XVII y XVIII Arica, no obstante el escaso número de vecinos españoles, era importante para la administración colonial hispana por ser puerto de embarque de la plata que salía para España de Potosí, Oruro, Porco, Berenguela, Lipes, Chichas y otros lugares, a la vez que de desembarque del azogue o mercurio que llegaba de Huancavelica. Al puerto llegaban la Armada Real y todos los barcos que hacían el tráfico entre Chile y Perú (Vázquez de Espinosa, 1618, 480; Wormald, 1972b).

Aun cuando se llamaba "Puerto", Arica era sólo una gran ensenada, que por su posición estratégica y la riqueza que circulaba en la zona exigía defensa. No obstante, los recursos para estos fines eran escasos y en ocasiones se prefirió reorientarlos para la defensa del Callao.

Las primeras referencias a esta zona son tan generales que no nos permiten tener una idea de lo que se llamaba puerto. Cieza de León, describiendo la costa del Pacífico, señala: "Más adelante sale otro morro alto, y hace unas barrancas. Sobre este morro está una isla, y junto a ella el puerto de Arica" (cap. V).

Tenemos que avanzar en el tiempo hasta Frezier, el joven ingeniero francés que el año 1713 visitó Arica, para tener un relato casi fotográfico del puerto y de la isla: "Al entrar a la bahía de Arica se puede costear a un cable de distancia la isla de Guano, que está al pie del morro e ir a fondear al N. 1/4 N.E. de esta isla i al N.O. del Campanario de San Juan de Dios que se distingue por su altura de todos los edificios de la ciudad... No se está ahí al abrigo de los vientos del sur i del S.O., pero la isla de Guano rompe un poco la hichazón del mar. Si en esto es útil, es bien incómoda por la fetidez de los escrementos de pájaros con que está cubierta, tanto mas cuanto está en la misma dirección de los buques..." (Frezier [1713] 1902: 149). Por fortuna para Frezier, su permanencia en Arica sucedía siglos antes de que las modernas pesqueras pudieran ofender su delicado olfato.

El desembarco de las chalupas, según Frezier, debido a las grandes piedras de las playas, mar brava y bajos fondos, sólo podía hacerse con riesgo calculado en tres pequeñas caletas: "de las cuales la mejor es la que está al pie del morro". Para entrar en ella era necesario pasar entre dos rompientes, se costeaba la de la derecha entre las algas (que entonces eran muy abundantes). "Cuando ya se ha pasado se vuelve súbitamente sobre babor, i enfilando en derechura a las primeras casas: asi se desemboca en la gran caleta". Allí no terminaban las dificultades. El fondo era tan poco profundo que con mar baja las lanchas no flotaban y las

chalupas cargadas topaban fondo con marea alta. Para impedir que las embarcaciones se rompieran había que proteger la quilla con dragas de fierro (Frezier, ob. cit.: 150).

En 1909, Dagnino comparando las evidencias aportadas por Frezier y un informe del Gobierno peruano de 1853, que indicaba que en los últimos cuarenta años el mar se había retirado una cuadra, concluía que el solevantamiento del suelo por efecto de los terremotos había contribuido a hacer desaparecer parte de las ensenadas descritas por el viajero francés. "Según esto, el mar en siglos pasados llegaba hasta la Aduana" (Dagnino, 1909: 58). Es decir, las aguas cubrían hasta el espacio que hoy ocupa la Avenida San Martín y el parque Baquedano (ex Aduana). Si ese cambio en la línea de la playa se produjo por la explicación de Dagnino o por la fuerza de arrastre del oleaje, es algo que deben aclarar los especialistas.

Por lo tanto, es lógico que las defensas de Arica se ubicaran frente a los lugares de probable desembarco, vale decir: 1) en la caleta conocida entonces como Chacota y que pasó a ser "Lisera", palabra española de origen francés que significa "fortificación" y no tiene nada que ver con el pez lisa, (precisamente en el sector residencial del actual balneario se encontró en años pasados un cañón del tipo colonial); 2) en la caleta que hoy conocemos como el Laucho, (donde también se encontró otro cañón que hoy puede verse, en su extremo norte, en el Club Caleuche); 3) en la "gran caleta", hoy convertida en puerto. Encarándola, estaba la principal fortificación, el Fuerte de Arica; 4) en la playa Chinchorro y Machas. La ubicación exacta del Fuerte de Arica no la conocemos, pero debería encontrarse entre: a) el pie del morro y el parque Vicuña Mackenna. Allí lo ubica la Enciclopedia de Arica (pág. 224), pero según el mapa francés de 1762 (Martínez, 1977: 49) en ese lugar había sólo trincheras y almacenes; b) observando el plano de Arica anterior al terremoto de 1868, publicado por Alvarez *et al.* (1980: 26, 35) de la misma obra y considerando las observaciones de Dagnino sobre la línea de la playa colonial en la "Gran Caleta", se puede ubicar el "Fuerte de Arica" construido a fines del siglo XVI y reconstruido varias veces desde comienzos del siglo XVII y que figura aún en el mapa francés de 1762, en donde hoy día (1983) está el parque Baquedano (ex Aduana), sito entre las prolongaciones de las actuales calles de San Marcos y 21 de Mayo, correspondientes a las calles de la Matriz y del Comercio, respectivamente, según el plano arriba mencionado.

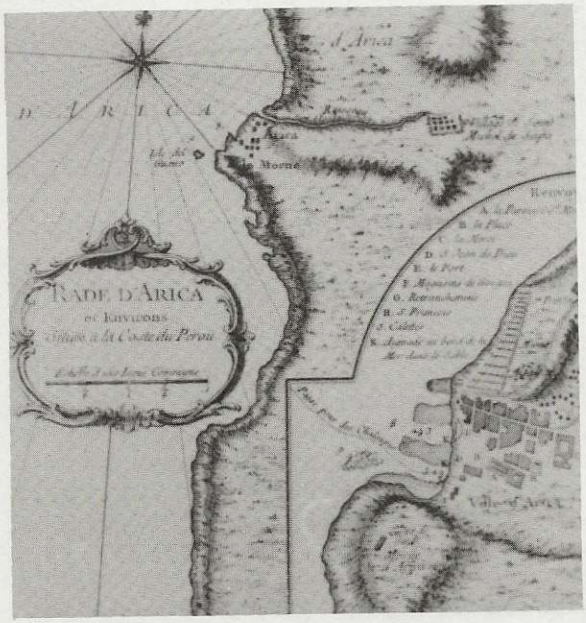
Todas estas defensas estaban construidas de adobes y atados de ramas, plataformas y murallas apenas suficientes para parapetar a los defensores y sus armas de las balas enemigas. No se trató de zanjas como las trincheras modernas. Las aguas del mar y especialmente los terremotos contribuyeron a su destrucción. En cuanto a los materiales, fueron éstos muy diferentes a los usados en la construcción que mucho más tarde, en el siglo XIX, se haría en la isla del Alacrán. En realidad, en la planificación defensiva colonial-hispana, la isla del Alacrán no jugó ningún papel y menos en los combates que tuvieron lugar con los piratas. Sólo a fines del siglo XVIII se pensó y se desechó la idea de fortificarla, prefiriéndose construir un fuerte en el morro, que hasta entonces era nada más que un puesto de vigilancia a cargo de los "indios morreros" o vigías. También, es cierto, hubo durante un tiempo "artilleros" españoles en esas funciones, pero la manera de avisar la aproximación de una vela era levantando una bandera. Como los "morreros" vivían además de la pesca, y ésta no se hacía desde la cumbre del morro, a veces los barcos estaban ya en el puerto cuando recién se daba la señal de advertencia.

La historia de estas fortificaciones españolas de Arica se vincula con la amenaza de corsarios y piratas que frecuentaron estas costas en busca de metales preciosos o a veces, acicateados por el hambre y la sed. Trataremos de resumir aquellas expediciones y anotar la respuesta de los habitantes de Arica en base al libro de Vicente Dagnino (1909).

El corsario inglés Sir Francis Drake después de asolar Valparaíso, ser derrotado en Coquimbo y robar barras de plata del mineral de Guantajaya en Iquique, llegó a la rada de Arica en febrero de 1579. No desembarcó acá pero abordó tres buques que se encontraban deshabitados y trasladó, tranquilamente a su barco, "cuarenta barras de plata de veinte libras cada una, i doscientas botijas de vino, del que ya producían los valles de la comarca". Luego continuó al Callao, donde aplicó de noche la misma técnica (Dagnino, 1909: 19).

Cavendish, en 1587, que tuvo poca suerte en la zona central de Chile, capturó dos barcos en esta región. No se atrevió a desembarcar "porque los ariqueños le parecieron bien preparados". Intentó conseguir rescate por sus presas, pero los españoles que defendían el puerto de Arica se negaron a parlamentar, ante lo cual el pirata incendió las embarcaciones y abandonó estas costas (Dagnino, 1909: 20-21).

Los exploradores y corsarios del Mar del Sur, en los siglos XVI y XVII. Tomado de: B. Vicuña Mackenna, Historia de Valparaíso, T.I., p. 160. Santiago, 1936.



"Rade D'Arica et environs". En Bellin, J.J. París, 1762, reproducido por Martínez, 49, 1977.

En 1594 Sir Richard Hawkins con el *Dainty* capturó en Arica unos barcos pescadores.

Una expedición de envergadura, aunque fracasada, fue la holandesa de Jacobo Malin, quien a su muerte fue reemplazado por Simon Cordes. La componían cinco naves y 547 hombres. Dispersados por las tempestades del Pacífico sur, los barcos de Cordes no llegaron al Perú, pero el Virrey, don Luis de Velasco, en 1599, advertido del peligro, hizo reforzar la defensa de los puertos y organizó dos escuadrillas navales. "De esa fecha data, sin duda, el famoso fuerte de Arica, de lejendaria historia... su recuerdo vive en la planta antigua de Arica, con el nombre de 'Calle del Fuerte', que las olas sísmicas barrieron" (Dagnino, 1909: 33).

En 1615, la amenaza de los seis galeones holandeses comandados por Jorge Spilbergen puso en actividad al Corregidor Fernando de Loma y Portocarrero y a los capitanes de guerra de las cuatro compañías "de este presidio" (es decir, plaza fuerte), quienes debieron llamar a los soldados que se encontraban licenciados trabajando en sus haciendas de los valles "por no ser jente pagada". (Dagnino, 1909: 117). Se interrumpió, además, el tráfico de plata que venía de Potosí y llegaron refuerzos desde Moquehua.

Los oficiales reales de Arica, escribían en 1615 con orgullo, pero quejándose, que la "ciudad está razonablemente fortificada, parte con trincheras de adobes y lo demás con trincheras de fajina [haces de ramas], tierra y estacas... Faltan armas para muchos, porque las que Su Majestad tiene aqui son pocas... i con las que tienen algunos particulares habrá hasta doscientas armas de fuego, mosquetes, arcabuces y escopetas, i treinta picas... La artillería que hai son dos medios cañones i tres medios sacres i dos falconetes viejos; había otras tres medias culebrinas i su Excelencia las mandó llevar para acabar de guarnecer los galeones de la armada... Munición de pólvora hai poca..." (Dagnino: 120).

La espera de la escuadra de Spilbergen, se extendió desde mayo hasta los primeros días de julio, cuando los vigías del morro divisaron cinco velas al sur. A la voz de alerta, se hizo desocupar la ciudad, pero un documento de la época señala:

> "quedaron las mujeres de más consideración del pueblo, las cuales con los hombres asistieron a las trincheras con mucho valor i ánimo... hasta que se perdió de vista al enemigo, con tanta resolución de pelear i morir en la defensa de esta ciudad como pudieron tenerla soldados pagados en Flandes" (citado por Dagnino: 121).

Spilbergen, probablemente desalentado por las actividades de los defensores, sin ponerse a tiro de cañón, decidió continuar al norte. En la batalla naval de Cañete, Spilbergen, días después de haber pasado por Arica, derrotó a la escuadra del Virrey y luego atacó al Callao.

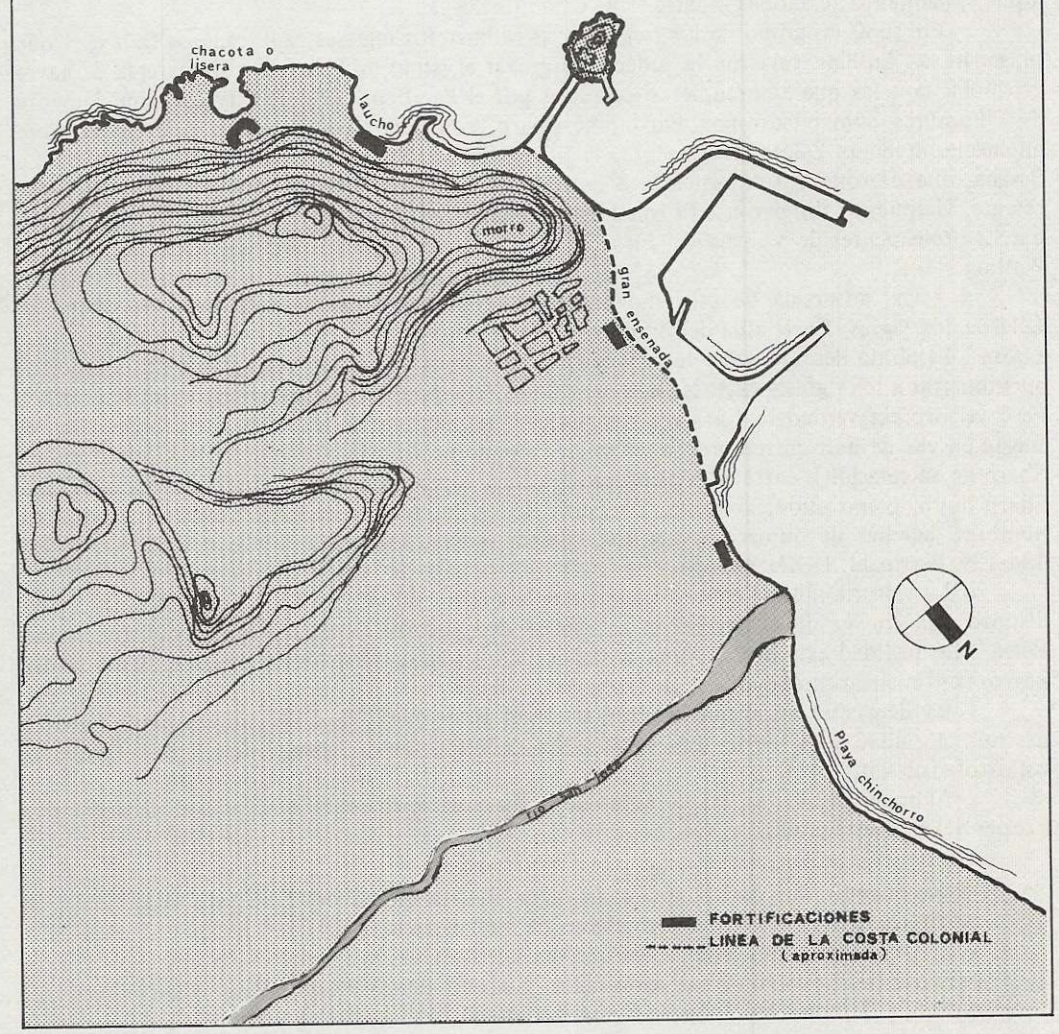
En el mismo año (1615) llegó a Arica el Maestre de Campo don Luis de Godoy, quien trajo 50 mosquetes, municiones de guerra y formuló el plan defensivo de Arica que ya hemos descrito. Para defender el flanco sur de la ciudad, el militar decidió: "hacer un reducto de una media luna, de sitio de 25 pasos, detrás del morro, a la parte sur, sobre la caleta principal de la ensenada que llaman *Chacota*". Aunque la obra debía costar 100 pesos de la época, los oficiales reales se resistían a dárselos por temor de ser desaprobados por las autoridades superiores (Dagnino, 1909: 123-124, 128). También se preocupó del fuerte.

Lamentablemente el terremoto del 16 de septiembre de 1615, "Derrocó la Iglesia Mayor i todas las paredes del fuerte i plataforma; i aunque la esplanada quedó entera i sana encima del terraplen cayó un aposento que se habia hecho para guardar la pólvora", señala una carta de la época citada por Dagnino (p. 126).

Centrándonos en los aspectos defensivos que estamos describiendo, Luis de Godoy debió enfrentar dos problemas: reconstruir el sistema de fuertes con pocos recursos y resistir la orden del virrey del Perú para que se enviara al Callado la artillería de Arica. Esto último se logró con el principio de "se obedece pero no se cumple". Alegaron el Maestre de Campo y el Corregidor que intentaron embarcar los dos cañones del fuerte, pero su peso, sobre seis toneladas cada uno, no lo permitió; en cambio, con tristeza del pueblo, se embarcaron tres medio sacres, con sus 350 balas y los cargadores (Dagnino, 1909: 130).

En la reconstrucción del fuerte, que consistía en alzar "las murallas de la plataforma, que derribó el gran terremoto", el aderezo de arcabuces y mosquetes, Luis de Godoy se encontró con la dificultad de "adquirir indios para estos reparos" y la negativa de los Oficiales

FORTIFICACIONES COLONIALES EN LA COSTA DE ARICA



Reales para que pagaran "la madera i otros materiales para las trincheras". Dicen estos celosos funcionarios de los caudales fiscales que no se atrevían a hacerlo sin expresa orden del Virrey, pero "vamos haciendo algunas pagas de oficiales y peones i materiales para acabar lo comenzado, que a nuestro parecer montará mil pesos poco más o menos, demás de otros 816 pesos que hasta hoi están gastados en la reedificación de las murallas del fuerte" (Dagnino, 1909: 128-129).

Un año más tarde (1616) otra emergencia obligó a los oficiales reales a abrir las cajas reales:

> "La mar anduvo tan alterada en el mes de junio que robó grandísima parte de la playa, tanto que llegó a batir en la muralla de la plataforma de artillería, la cual solía estar bien desviada de ella, i por ser fábrica hecha con barro estaba con riesgo de derrocarse. Y así con acuerdo del Corregidor, hicimos delante de ella, para su reparo, un trincherón de estacas tejidas con varas de sauce i cañas, i en medio tierra, piedra i fajina, con lo cual estará defendida por muchos años", (en ob. cit.: 131).

Este fuerte, un poco a maltraer, fue el que vio en 1618 Vázquez de Espinosa, quien lo describe como "un fuerte a la lengua del agua con 4 pieças pequeñas, y algunos pedreros, y donde su Magestad le conviene poner allí más fuerça de armas para la defensa de aquella ciudad y puerto, por ser al primero, del Reyno del Piru"..." (N° 1415). Sesenta y dos años más tarde aquel apilamiento de adobes ganaría fama como fortaleza.

En 1680 un grupo de los *freebooters*, filibusteros ingleses, y bucaneros franceses que plagaban las Antillas, tuvieron la audacia de cruzar el istmo de Panamá y apoderarse de naves españolas con las que emprendieron correrías por el Pacífico. Un grupo de aproximadamente 140 hombres comandado por Bartolomé Sharp, continuaron al sur y el 5 de noviembre amanecieron en la caleta de Chacota, la actual Lisera. Sin asaltar Arica, continuaron a La Serena, que derrotada, fue saqueada e incendiada cuando sus habitantes se negaron a pagar rescate. Después se dirigieron a la Isla Juan Fernández de donde huyeron al norte acosados por barcos provenientes de Valparaíso. En aquella isla, Sharp fue sustituido en el mando por Juan Watling.

Arica, advertida de esos movimientos, se preparaba para su defensa. No obstante, fallaron los vigías. En el alba del domingo 9 de febrero el barco de Watling amaneció en "La Lisera". El pirata desembarcó a la cabeza de 92 hombres. Treparon por la falda sur del morro, aprisionaron a los vigías y cayeron sobre la ciudad "con pérdida de tres muertos y dos heridos". Pero la sorpresa verdadera fue para los piratas. Los habitantes de Arica, atrincherados en el fuerte en vez de huir enfrentaron al enemigo causándole 20 bajas (28 muerto y 17 heridos dice Sharp en su relación), entre ellas al propio Watling, capturaron a 19 y el resto comandado por Sharp huyó, como pudo, al barco. De parte de los habitantes de Arica, perdieron la vida 23 hombres, además de numerosos heridos. (Barros Arana, 1885, V: 209-213; Dagnino, 1909: 134-139; Wormald, 1972a: 64-65).

La victoria militar permitió aumentar la guarnición de Arica a 100 hombres. El virrey dispuso que en vez de dos reales se les pagase de "socorro" cuatro por "la carestía de esa tierra". En realidad esta última suma la recibieron los soldados españoles, en cambio, mulatos y negros continuaron con la paga de dos (ob. cit.: 140).

La alegría de los ariqueños duró poco, el 10 de marzo de 1681 un terremoto volvió a destruir la ciudad y el fuerte. Las arcas reales debieron nuevamente abrirse para enfrentar la catástrofe (ob. cit.: 141).

Aunque arruinadas, las defensas de Arica eran visibles en 1713 y son descritas por Frezier del siguiente modo:

> "Para impedir que las naciones enemigas puedan desembarcar en este lugar, los españoles habían construido trincheras de adobes i una batería en forma de fortín que flanquea las tres caletas; pero estan construidas de un modo lastimoso y al presente todo esta en ruinas. Esta aldea; pues, no merece el nombre de plaza fuerte que le da Dampier, solo porque fue rechazado en 1680". (Frezier, ob. cit.: 151).

En relación a los piratas y su suerte en Arica nos resta relatar que en 1721, el inglés Clipperton, al mando de dos navíos llegó a estas costas exigiendo a su corregidor, don Joseph de Morales, "puerto y bastimento". La oferta de este último fue "darle pólvora y balas" a la vez que reforzaba las trincheras en la costa y animaba a las milicias a responder el fuego. Clipperton bombardeó Arica desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde sin poder debilitar la defensa de la ciudad y sin encontrar un sector desguarnecido de fusiles para desembarcar (ob. cit.: 148-150).

En el recorrido de los antecedentes coloniales de las fortificaciones de Arica corresponde recordar el plan de fortificar el Morro de Arica, cerrar el acceso marítimo a La Lisera y la idea rechazada de fortificar la isla del Alacrán.

En 1793, el intendente de Arequipa Alvarez y Jiménez, llegó a revisitar el Partido de Arica y tomar providencias para su gobierno. Se propuso mejorar la defensa de Arica construyendo un baluarte en el morro, a cuyo pie se había fundado la ciudad de Arica. Desde su cima, dice el intendente:

> "se puede poner a mano una piedra en su plaza. Este es el un costado de aquel cerro que nace frente al N., pues los que forman al Sur y al Oeste están rodeados y bañados de la mar, tan escarpados y pendientes sus peñolerías que parece que la Naturaleza lo crió allí como inexpugnable muro para defender la población y puerto... En su cima se halla una explanada de 200 varas de diámetro igual de terreno firme... y desde su cima no hay objeto que se le esconda ni lugar que deje de dominar y alcanzar sus fuegos con toda pujanza..."

Proponía Alvarez y Jiménez levantar una fortificación en el morro, para lo cual hizo hacer un mapa que nosotros hemos ubicado en el Archivo General de Indias en Sevilla. Pensaba que el costo de construcción sería bajo, empleando como mano de obra a los presidiarios, ociosos y vagos "a ración y sin sueldo". El material sería adobe y ladrillo. El plan comprendía la construcción de un cuartel en su centro para 100 hombres y habitaciones para oficiales. Un almacén para pólvora. Las murallas serían guarnecidas por veinte cañones.

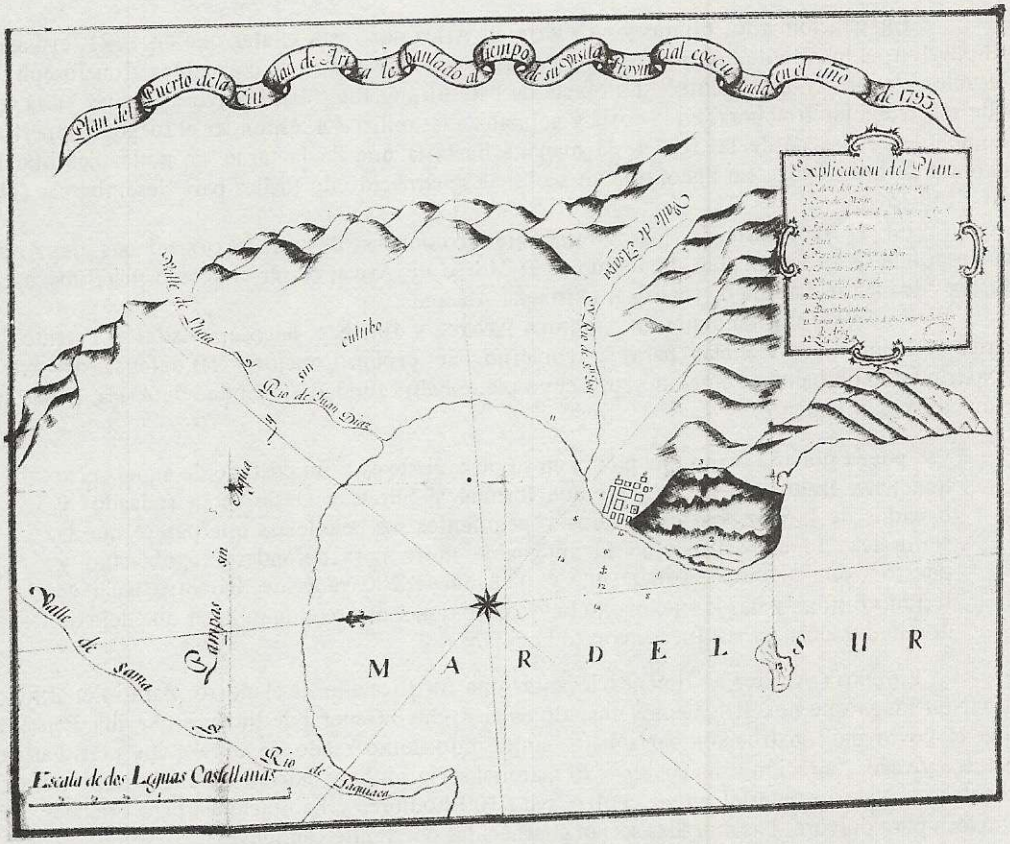
Después, para solucionar el problema de un probable desembarco por la caleta que Alvarez y Jiménez ya llamaba "Lisera" ordenó "cegarla por perjudicial, y advirtiendo el poco costo que en su verificación se emplearía por ser cerrada la boca que apenas se delata de 25 a 30. varas, y haber peñolería allí con qué poder ejecutarse".

Hechos los planes para el morro y La Lisera, pasó el gobernador-intendente:

> "al reconocimiento de una Isla que tiene la boca de este Puerto a su barlovento, de más de 400 varas de largo, y más de la mitad de ancho, por la cual es indispensable pasen inmediatamente las embarcaciones que han de anclar en él, porque de otro modo en separándose un poco de ella es segura la propasada, y no poder tomar el puerto. Del reconocimiento advertí que: situada la fortificación en el Morro, ésta domina toda la isla, por estar bajo de sus fuegos, sin lance pueda ser ocupada, ni tomada sin evidente peligro de perecer; con que suspendi el primero pensamiento que me condujo a ella, y era el de abrazar allí cuatro cañones en un reducto o Estacada" (Alvarez y Jiménez, 1793: 80-81.

Aparentemente la fortificación del morro y el cegamiento de La Lisera no pasaron de ser proyectos y la isla del Alacrán, abandonada de planes militares, siguió siendo un excelente reducto para aves marinas, al menos hasta comienzos del siglo XIX.

Sin embargo, antecedentes inéditos que se conservan en los archivos de Lima y Santiago indican que en 1781 se utilizó la isla del Alacrán como presidio de aquellos campesinos rebeldes que se levantaron al llamado de Túpac Amaru. En efecto, 28 campesinos, que se mostraban obstinados después de su derrota, fueron traídos de los "Altos de Arica" a este puerto y durante 14 días quedaron al cuidado de un capitán de marina en la isla. Se gastó un real diario en la mantención de cada preso. Una parte de ellos fue remitido a la isla de Iquique y ocho, "los más motineros", fueron despachados a Lima. ¿Existió alguna cárcel en la isla o fueron los presos relegados allí por la ausencia de ésta en la ciudad? Un documento



"Plan del Puerto de la ciudad de Arica, levantado al tiempo de su visita provincial, ejecutado en el año de 1793". Por D. Francisco Vélez. "Forma parte de un cuaderno de la Relación legalizada de la *Visita de la provincia de Arequipa* por el gobernador Intendente D. Antonio Alvarez y Ximenez. Año 1793". En Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Perú y Chile, Nº 133.

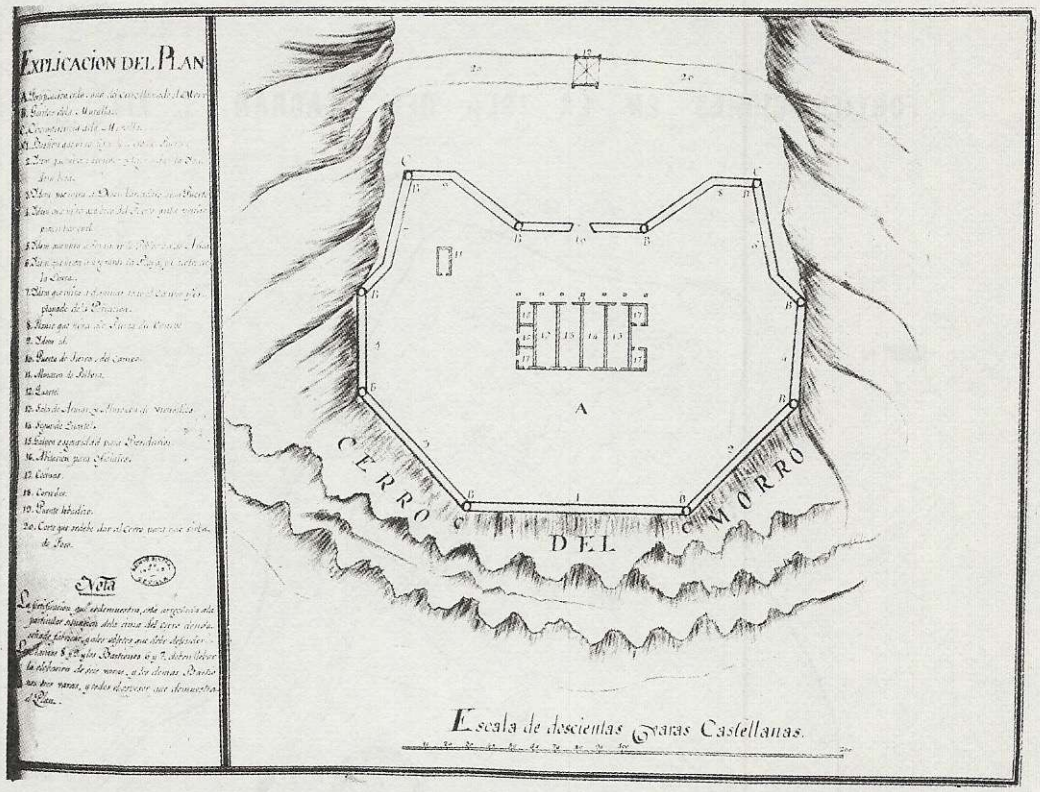
contemporáneo que revela la preocupación del Cabildo de Arica por la ausencia de tal estructura parece confirmar esta última hipótesis[2].

Análisis de las ruinas de la isla del Alacrán

El año 1965 se terminó la construcción del nuevo puerto de Arica, uno de cuyos trabajos complementarios fue la unión de la isla "Del Alacrán" al continente. Así se materializará un antiguo proyecto, al que se refería el Dr. Conrado Ríos Venegas (1914: 115) cuando planificaba instalar la Estación Sanitaria en la isla "apenas esta sea unida al continente". Esto significó el inicio de la incorporación plena de la ex isla al uso y dominio público, status que se abrevió por la decisiva intervención de la Honorable Junta de Adelanto de Arica el año 1967, oportunidad en la cual la Comisión de Turismo aprobó un proyecto turístico que contemplaba la creación de un acuario en la ex isla. A su vez, el Ministro de Minería de la época dictaba un decreto excluyendo la isla de la explotación guanera, trámite que significó el término de la tuición que tenía la Sociedad Chilena de Fertilizantes sobre ella. Lo anterior fue ampliamente comentado por el periódico *La Concordia de Arica.*

I. DESCRIPCION DE LAS RUINAS

Transformada la isla en península, y eliminada la prohibición de acceso al público, se convirtió en un sitio frecuentado por paseantes, pescadores y mariscadores; sólo se alejaron para siempre los patillos.



"Plano de la fortificación que se podría hacer en la cima del cerro llamado el Morro, de la ciudad de Arica". "Forma parte de un cuaderno de la Relación legalizada de la *Visita de la provincia de Arequipa* por el gobernador Intendente D. Antonio Alvarez y Ximenez, año 1793". En Archivo General de Indias, Mapas y Planos, Perú y Chile, Nº 137.

Durante años no hubo preocupación por mejorarla, ya que el proyecto del crear un acuario fue encarpetado. Este abandono motivó a los organismos anteriormente mencionados para aunar esfuerzos e iniciativas tendientes a transformar dicho sitio en un atrayente paseo, enmarcado por las ruinas de pretéritas fortificaciones. Es así como en el año 1977 se realizaron trabajos previos de limpieza, los que permitirían a futuro proyectar todo un complejo de turismo-cultural fundado en el valor testimonial de las ruinas.

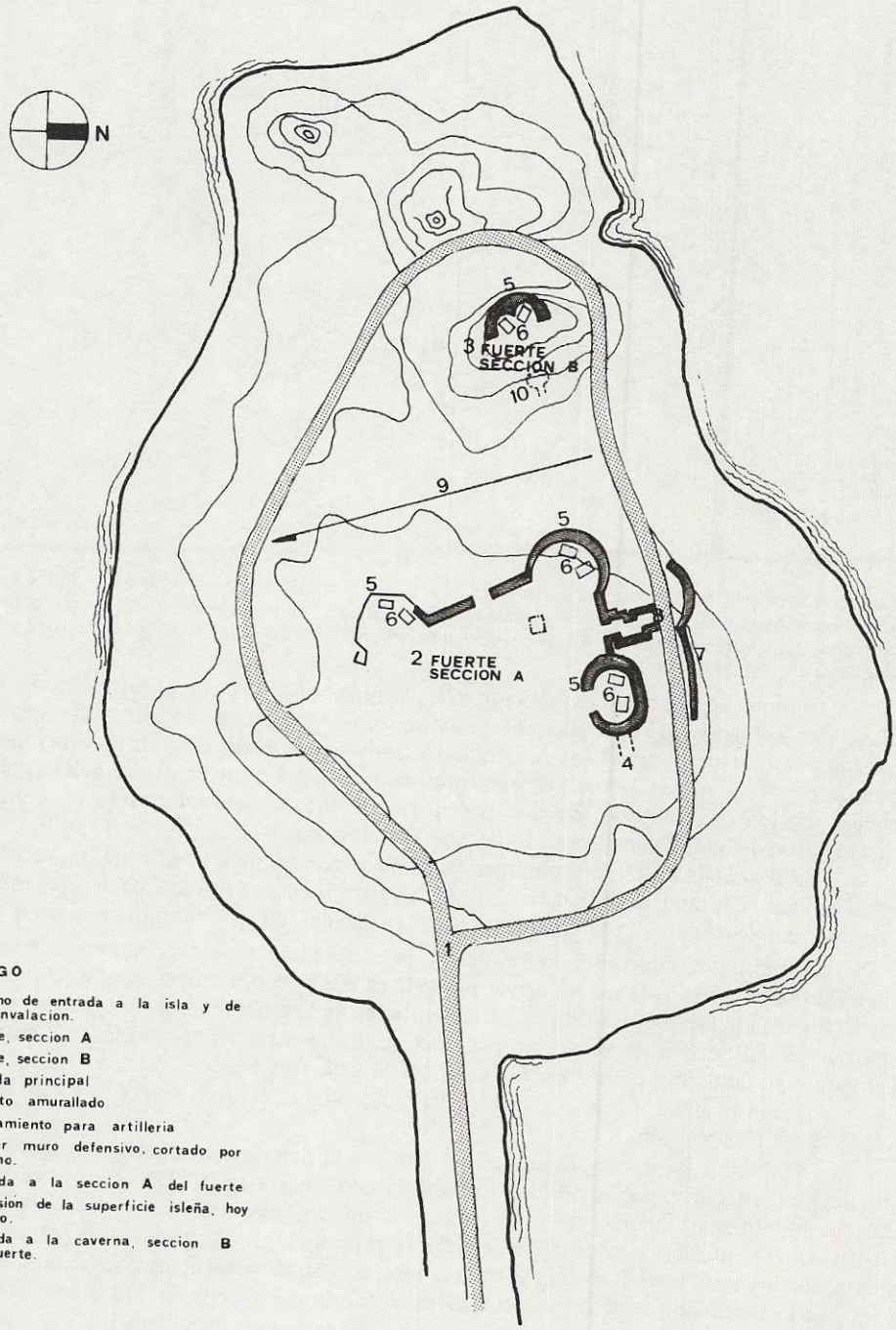
Finalizada la limpieza preliminar, se pudo apreciar que los restos de las fortificaciones ocupaban casi la totalidad de la superficie isleña, permitiendo a su vez apreciar que estas ruinas se componían de dos áreas, perfectamente individualizadas. Se les denominó sección A y B.

Sección A. Tomando como punto de referencia el actual camino de acceso, la superficie más amplia y de menor elevación de la ex isla es la que enfrenta a dicho camino, es el sitio donde se encuentran las ruinas que constituyen la Sección A, que son las más extensas e importantes. La Sección B, menor en extensión, pero no menos importante, está enclavada en el sitio más elevado de la ex isla, al W., casi al borde de la rompiente.

Hecha la presentación del lugar, procederemos a recorrerlo para hacer un minucioso detalle de las fortificaciones.

Al llegar a la isla por el camino, y doblar a la derecha, se aprecia una suave elevación que lleva a una construcción sólida, no muy elevada, severa en sus líneas arquitectónicas, sin adornos ni ventanas; su puerta de entrada es lo único que rompe la macicez de su estructura granítica, pues su fábrica es de rocas trabajadas provenientes del mismo sitio. Arranca de esta puerta una gradería descendente, cuyos escalones son igualmente de roca labrada, que conduce a un pasillo totalmente cerrado y abovedado, cuyas terminaciones de fina albañilería permiten considerar que este conjunto estaba destinado a fines especiales, posiblemente a la comandancia del fuerte. Actualmente, una parte del techo de ladrillos de este corredor ha desaparecido por derrumbamiento.

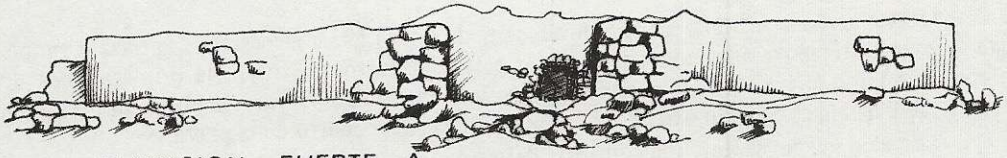
FORTIFICACIONES EN LA ISLA DEL ALACRAN S. XIX



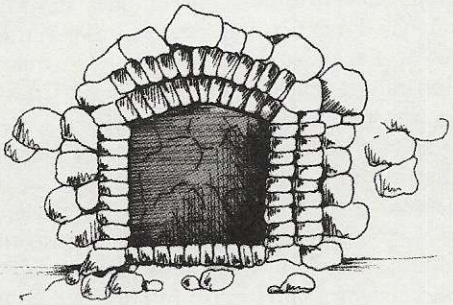
CODIGO

1. camino de entrada a la isla y de circunvalacion.
2. fuerte, seccion **A**
3. fuerte, seccion **B**
4. bóveda principal
5. recinto amurallado
6. emplamiento para artilleria
7. primer muro defensivo, cortado por camino.
8. entrada a la seccion **A** del fuerte
9. depresion de la superficie isleña, hoy camino.
10. entrada a la caverna, seccion **B** del fuerte.

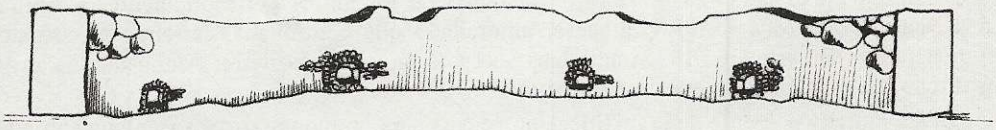
FUERTE SECCION A



ELEVACION FUERTE A



DETALLE BOVEDA



UBICACION DE BOVEDA

Debemos mencionar que este corredor en su tendido se quiebra en ángulo recto tres veces antes de llegar a un recinto de regulares dimensiones, donde termina. Mencionamos anteriormente que esta parte del fuerte sólo tiene la puerta de entrada, careciendo de mirillas o ventanas, aun cuando no carece de ventilación, detalle importante si consideramos los materiales de su construcción y lo hermético del conjunto. La ventilación la proporcionaba un ingenioso y acabado trabajo de albañilería, para el cual se aprovechó el ángulo formado por el techo del conjunto y las paredes del mismo, donde se construyeron unos ductos perfectos para que circulara el aire, los cuales circundaban todo este recinto, no siendo visibles desde el exterior; la toma de aire estaba en lugares estratégicamente disimulados. El piso del corredor y del recinto no presenta rastros de haber estado pavimentado. Seguramente su piso debió haber sido arenoso.

Retomando el camino de circunvalación de la isla hacia el oeste, se aprecia a simple vista que el terraplén construido para asentar esta vía, cortó, destruyó, la primera línea de defensa que tenía el fuerte. Esta consistía en un bajo muro rocoso, fuertemente empotrado en el suelo, aun visible al costado derecho del camino, hacia el roquerío de la playa.

En este mismo sector, a la izquierda del camino de circunvalación, se puede apreciar un alto muro de rocas trabajadas, de una altura 2 1/2 m por 2,20 m de ancho, cuya superficie lisa prueba que fue cuidadosamente construida para transitar sobre ella.

En la limpieza de la isla quedó de manifiesto que era indispensable dejar a la vista este muro, ya que primitivamente estaba cubierto por un alto terraplén que ocultaba en su totalidad todo el costado norte de este sector de las fortificaciones, trabajo que una vez ejecutado permitió ver el imponente muro. Con seguridad el terraplén se hizo para ampliar la superficie isleña recolectora de guano.

Este muro se extiende y se cierra como un verdadero anillo de forma ovalada, en cuyo interior se construyeron los emplazamientos de artillería, pues aún son visibles los basamentos habilitados para instalar los cañones. Lo extenso de este recinto permite suponer que parte de él pudo estar destinada a servir de dependencias a la guarnición que cubriría las necesidades militares, considerando que los emplazamientos de la artillería y las bóvedas para almacenar proyectiles construidas en el muro, revestidas de cal y ladrillo, con puertas de correderas, sólo ocupan una mínima parte del amplio sector amurallado. Los emplazamientos construidos eran para dos piezas de artillería, destinadas a cubrir distintos campos de tiro. Cada cañón contaba con dos bóvedas para almacenar proyectiles. De estos emplazamientos existe sólo uno completo; el otro fue destruido, presumiblemente por estar construido en el centro de este recinto, molestando la recepción de los patillos guaneros, como explicaremos más adelante. La única entrada a este bastión se encuentra en el muro interior del anillo rocoso, en el segmento orientado hacia el sur, que enfrenta lo que pudo ser un amplio patio abierto, especie de plaza interior de la Sección A, la más compleja y extensa de las fortificaciones de la isla "Del Alacrán", pues, como debe suponerse, toda esta sección estaba rodeada con una serie continuada de muros, que, si bien anteriormente cubrían diferentes tipos de construcciones, servían exteriormente de sólido, rocoso e imponente anillo defensivo. Del análisis estructural de las ruinas se aprecia claramente que el interior de esta sección estaba intercomunicado entre sí, como igualmente permite ubicar en los muros externos los lugares donde existieron pequeñas casetas para centinelas.

Una de las entradas desde el exterior a esta primera sección de las fortificaciones estaba ubicada en el lado norte, justo en la unión de los muros correspondientes al anillo ovalado anteriormente descrito y el sector amurallado que continuaba, cerrando el costado oeste del fuerte. En este sitio la entrada daba acceso a un amplio corredor flanqueado de altos muros rocosos, parte de los cuales son aún visibles.

La muralla poniente de la fortificación consistía en un bloque rocoso asentado sobre el piso natural. El muro corría paralelo a un sector de la isla formado por una depresión que la atraviesa de norte a sur; hoy día este sector da la impresión de estar bajo el nivel del mar, característica que acentúa el hecho de estar completamente despejado de rocas; el piso arenoso ha sido recubierto de una capa de arcilla gredosa, transformándolo en camino. El muro que flanqueaba este sector, a juzgar por la altura que tenían las restantes construcciones, debe haber sido de dos metros y medio. Hoy en día su destrucción es total.

El emplazamiento de cañones en el costado poniente del fuerte se construyó en el sitio de unión de los muros. norte y poniente, vale decir, en el ángulo norponiente. En este sector, el muro no es lineal, sino que se abre en semicírculo, debiendo haber semejado, cuando estuvo completo, un imponente torreón, cuyos cañones deberían haber dominado tanto el W. del puerto como el camino de entrada al mismo. Este sector tiene una destrucción de un noventa por ciento, existiendo en el presente sólo los cimientos, los que permiten ubicar el lugar en que se construyeron las bóvedas guardaproyectiles. Su destrucción obedeció a razones económicas: había que ampliar el espacio para los patillos migratorios.

La muralla poniente, en el ángulo de unión con el muro del costado sur, debió tener una garita para centinela. Las actuales ruinas del sector sur permiten apreciar restos de cimientos de otros muros, otras construcciones, diferentes a la planta general de este recinto fortificado, que rompen su esquema, pero manteniendo un sitio privilegiado para emplazar artillería, con idénticos dispositivos y elementos a los anteriormente descritos.

A pesar de la destrucción apreciable de este lugar, daño no sólo causado por el tiempo, sino igualmente por la naturaleza y el hombre, son visibles los emplazamientos de las dos piezas de artillería y de sus correspondientes almacenes guardaproyectiles.

Desafortunadamente, este lado sur presenta una destrucción de un noventa por ciento, lo que no permite formarse una idea de las construcciones que albergó. Subsisten indicios de recintos que por la calidad que se observa en el enlucido y terminaciones de albañilería tendrían un destino superior

Sección B. En el comienzo de nuestra exposición manifestamos que las fortificaciones comprendían dos secciones, constituyendo ambas dos núcleos separados materialmente, de proporciones y magnitud diferente, y distinto grado de conservación por razones naturales.

La Sección B está enclavada en una elevación rocosa de más o menos 25 m de altura. Su estado de conservación es bueno, no presentando señales de haber sido afectada por el maremoto.

La cima de esta elevación tiene más o menos 20 m de diámetro; fue emparejada, mejorando el piso rocoso, sobre el cual se construyeron los emplazamientos para los cañones de las dos baterías. Aún están las barras metálicas que afianzarían los cañones, las cuales mantienen colocadas sus tuercas. Este peñón, destinado a plaza fuerte, está coronado por un muro protector del recinto artillado, que lo rodea en un semicírculo pétreo enfrentando al océano. En este muro se habilitaron bóvedas para proyectiles. Lo importante de este muro son sus medidas: 2,50 m de alto por 2,20 m de grosor, todo de roca trabajada. La cima carente de muro protector es la que enfrenta por el oriente la primera sección de las fortificaciones isleñas, es decir, la que mira hacia el interior de la isla, en cuya pared rocosa está labrada una tosca gradería, hoy mejorada, y con un pasamano.

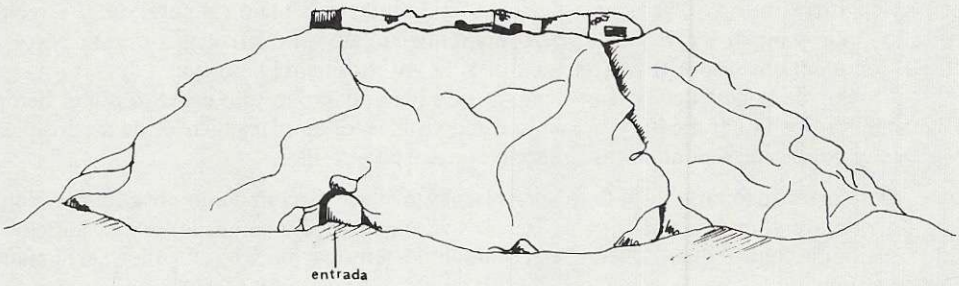
En la base de este promontorio, siempre en el lado que da la cara al interior de la isla, existe una caverna, excavada seguramente en la misma época de la construcción de las fortificaciones, para lo cual se aprovechó alguna gruta natural existente, agrandándola para ser utilizada en los fines requeridos. Tiene una forma redondeada, de un diámetro aproximado de diez metros y de una altura, desde el suelo al vértice, de doce metros. La puerta de entrada, o mejor dicho, la cavidad de acceso, fue trabajada y mejorada al ser ampliada, mediante un marco de ladrillos.

Lo curioso de esta caverna está en un pozo excavado en el interior, adosado al costado sur. Naturalmente que él ha provocado e incentivado la imaginación popular buscándole una explicación a su presencia. Algunos lo han considerado como la entrada a un subterráneo que une la isla al continente; otros expresan su convicción que se construyó para proveerse de agua dulce; no faltando quienes aceptan la posibilidad que se hizo como celda de castigo para determinados criminales.

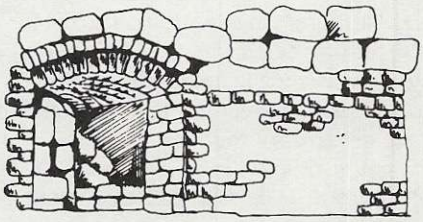
Creemos que tanto la caverna como el pozo fueron hechos con fines militares. Su destino debió ser el servir de polvorín y armero el primero, y el pozo, que tiene un diámetro de metro y medio, para almacenar agua en caso de emergencia.

En los trabajos de limpieza previa que se hizo en la isla se tuvo la intención de limpiar el pozo en su totalidad, hasta llegar al piso natural, trabajo que no se hizo, ignorándose la profundidad que pueda tener.

FUERTE SECCION B



VISTA DEL FUERTE B



DETALLE BOVEDA

UBICACION DE BOVEDAS

II. LIMPIEZA Y CONSOLIDACION

Los organismos que tuvieron por algún tiempo la tuición de este sitio realizaron una limpieza previa de él, ejecutando al mismo tiempo ensayos de restauración de algunos muros.

Se logró no sólo una limpieza general, sino que se levantó todo el cascajo suelto, producto de un sitio rocoso por excelencia, como igualmente se eliminó todo material ajeno al lugar. Gracias a esta labor fue posible tener una visión general de las ruinas y de su valor como aporte al turismo cultural de la zona.

Fruto de la limpieza y cuidado puesta en ella, fue la cantidad y variedad miscelánea de objetos rescatados. Periódicos peruanos del siglo pasado, anotaciones realizadas por algún capataz, que consignaba los nombres de quienes gozarían de una colación de mediodía, lista que seguramente fue hecha durante la recolección anual del guano; varios cartuchos pequeños que parecen ser fulminantes o explosivos, y cuya finalidad, creemos, servía para remover el guano, aunque podrían ser implementos para el armamento que en alguna oportunidad existió en la isla, etc. Lo variado de este verdadero basural cultural era mayoritario en restos de vestimenta, herramientas, envases de todas clases, etc., todo ello acumulado a lo largo de los años.

III. UN PROYECTO FRUSTRADO

Debe reconocerse que la planificación de este fuerte tuvo claras finalidades, y que las diferencias en su concepción arquitectónica obedecen a razones de estrategia militar, resaltando los precisos conocimientos marítimos regionales que demostraron acerca de las fuertes corrientes marítimas que azotaban la isla, provocando oleajes y bravezas contra las playas de la isla. Creemos que a estas razones obedece el mayor número de ruinas de muros existente en el costado sur, que es justamente el más barrido por las corrientes.

Se constata, sin lugar a equivocarse, que los emplazamientos destinados a la artillería tenían como función específica impedir desembarcos en sectores de la costa aledaños al puerto de Arica, no permitiendo que playas ubicadas al sur de la ciudad, fáciles para desembarcar, como La Lisera y el Laucho, quedaran desguarnecidas, sin protección.

El análisis que hoy puede hacerse de las ruinas de dichos emplazamientos de artillería permite postular que ellas no alcanzaron a ser habilitadas para prestar servicios. Todo indica que estaban en proceso de construcción al sobrevenir el maremoto del año 1868. Como argumentos determinantes podemos aportar los siguientes:

a) El estado que en la actualidad presentan dichos emplazamientos debe ser el mismo que tenían inmediatamente después de producirse el sismo, presentando el estado de avance de su construcción: había finalizado la fundación de fierro y cemento empotrada en el piso rocoso, destinada al emplazamiento de los cañones;

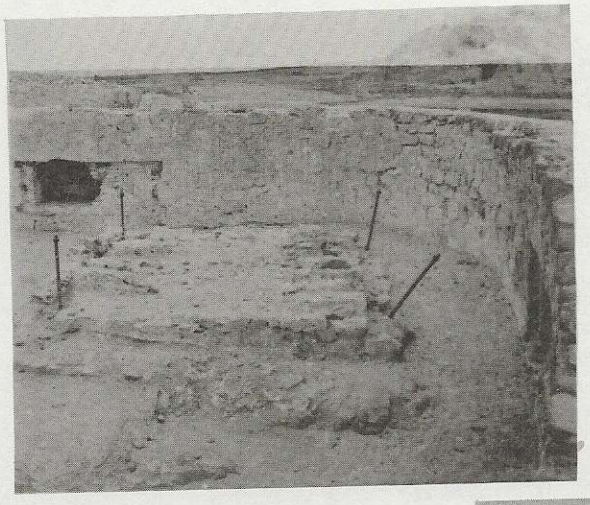
b) La técnica de afianzamiento de las piezas de artillería a dichos soportes contemplaba gruesas barras metálicas, las cuales tienen en su extremo libre el hilo para colocar las grandes tuercas afianzadoras, las cuales aún se encuentran en su sitio;

c) Lo dicho en la letra anterior demuestra que los cañones no estuvieron instalados, pues de haberlo estado, y ser barridos por el oleaje, no habrían quedado en su sitio las tuercas;

d) Creemos, por lo manifestado, que estas fortificaciones no estaban habilitadas al producirse el maremoto, fenómeno sísmico que destruyó el proyecto en ejecución.

Lo anterior no significa que la isla, al momento del maremoto, estuviera desguarnecida o abandonada. Debemos suponer, sin lugar a equivocarnos, que debe haber existido en dicho lugar, por razones de servicio, una reducida guarnición militar, la cual, al suceder el cataclismo sin contar con protección mayor alguna, fue barrida por el oleaje sísmico. Lo dicho no debe ser aceptado como una afirmación antojadiza, como creemos que lo es lo expresado por el oficial de la armada norteamericana, L.C. Billings, que el año 1868 estaba a bordo del *Wateree,* barco de guerra americano surto en la bahía de Arica, cuyo relato publicado en 1915 por el National Geographic Magazine manifiesta:

> "...En la isla del Alacrán se había levantado un fuerte. Una de las "olas que lo cubrió con varios metros de agua, hizo desaparecer los enormes "cañones de 15 pulgadas, las fundaciones en que estaban sólidamente adentados, y, por supuesto, la guarnición compuesta por cien hombres..." (resumido por Wormald, 1968, 85).



a) Emplazamiento de cañones.

b) Oficina de comandancia.

c) Vista general de la isla y sus ruinas.

Informaciones proporcionadas por fuentes responsables, afirman haber localizado en la cercanía de las playas de la isla, bajo el agua, algunos cañones y proyectiles. La explicación que tendrían estos hallazgos sería la siguiente: el avanzado estado de la construcción del fuerte había permitido que se encontraran en tierra, en la playa de la isla, los cañones que completarían dicha fortaleza. La fuerte marejada, las olas sísmicas que cubrieron dicho sitio, arrojaron al mar cuanto había en tierra. Esta sería la suerte corrida por dicho armamento, siempre que los cañones sumergidos correspondan a su época.

Podría haber otra explicación. Ella se relacionaría con los restos de algún naufragio ocurrido durante la colonia, catástrofe de ordinaria ocurrencia en esas centurias.

Tendría igualmente alguna relación con estos hechos, el hallazgo hecho durante la limpieza de la isla.

Al excavar en un sector interior de las ruinas, al pie de un muro, se encontró lo que restaba de una sepultura cristiana. Como la fosa fue excavada en el piso sin protección alguna, por las condiciones naturales del terreno arenoso, húmedo, que se anegaba durante las altas mareas, la destrucción era casi total. Quedaban restos del cajón, consistentes en algunos clavos de hierro corroídos por el óxido, dispuestos en el piso siguiendo la forma de él. De la madera quedaban uno que otro trozo, resaltando una masa oscura de un polvo humedecido formado por la descomposición de ella. De los restos humanos no era mucho lo conservado: escasos huesos, algunos cabellos y tres dientes, nada más.

Donde debió estar la cabeza y el cuello había una cadena metálica, que se deshizo al tratar de tomarla. Debe haber estado sujeta a la cadena una cruz, igualmente de metal, parcialmente corroída por el óxido. De la ropa, sólo jirones. Esparcidos en una hilera desordenada habían botones metálicos, dañados todos ellos por el óxido; en algunos era visible una estrella. Se recogió asimismo una pieza metálica, que por su forma, grosor y dimensión debió ser una moneda, sin posibilidades de identificación. Igualmente se recogieron botones de hueso, amarillentos y en proceso de destrucción, que debieron pertenecer a las prendas interiores del sepultado. Una masa informe, gelatinosa, ubicada donde debieron estar los pies, dedujimos eran los restos de los zapatos.

Los pocos restos humanos rescatados, más la tierra y arena en que yacían, fueron devueltos a la tierra, en otro lugar.

Nos explicamos este hallazgo en relación a una posible guarnición militar que ocupara la isla al momento del maremoto. Suponemos que pasado algún tiempo, desembarcó un grupo de reconocimiento para constatar el estado en que la dejó el sismo. Ubicó el cuerpo anteriormente mencionado, que debió quedar encerrado en alguno de los recintos del fuerte, donde pereció ahogado. Por alguna razón tenida en cuenta, optaron por sepultarlo en el mismo recinto.

IV. EXPLOTACION GUANERA DE LA ISLA DEL ALACRAN

Al comenzar este trabajo, hicimos mención de la existencia en la isla de abundante fragmentación de cerámica temprana, del tipo utilitario, barajándose alternativas para justificar su presencia. La aceptación de cualquiera de dichas alternativas no altera el hecho de la ocupación humana prehistórica de la isla. Dicha ocupación debe haberse producido durante el período agroalfarero intermedio (600 d.C.), cuando los agricultores comenzaron a emplear abonos en sus trabajos, siendo el guano de aves el preferido en esta región. Esta temprana visión humana de la isla marcaría para siempre el destino que tendría, el cual sólo vino a perderlo cuando dejó de ser isla.

Al llegar el conquistador hispano al área andina meridional, valorizó de inmediato la importancia que tenía para la agricultura el empleo del abono proporcionado por los patillos (cormorán guanero o guanay del norte; Phalacrocorax bougainvilli), organizando, encauzando y reglamentando su recolección y empleo.

Los agricultores que por siglos lo han necesitado, han tenido y obedecido gobiernos y banderas diferentes, pero todos ellos conocieron y acataron los usos, costumbres y reglamentos de su recolección y empleo. Asimismo, las autoridades que se sucedieron en el gobierno de esta región, apreciaron la gratuidad de la existencia del abono, y la facilidad que entrañaba recogerlo en la isla. Estas circunstancias explican el porqué del aislamiento permanente de la isla, y la

razón que movió a las distintas autoridades de gobierno regional para ampliar y facilitar al máximo la capacidad receptora de patillos en este islote. Fue permanente el trabajo de relleno y emparejamiento, aun cuando con ello se destruyeron remanentes culturales autóctonos. Los siguientes datos explican por sí solos el rendimiento de la isla: en 1932 se recolectaron 8.800 ton.; en 1933, 2.200 ton.; en 1935, 830 ton.; 1938, 5.750 ton. (Carlos Keller. "Censo de 1943". Santiago, 1946, pág. 249).

Este destino natural y permanente de la isla del Alacrán, llegó a término junto con su cesación como tal; la península ahuyentó a los cormoranes guaneros, y el hombre la destinó a otros fines.

Pero la que fue isla, y casi fortificación, ha sido rescatada y es motivo de investigación y atracción turística.

NOTAS

1 Nos informa el ingeniero agrónomo e investigador del Instituto de Agronomía de la Universidad de Tarapacá, señor Héctor Vargas, que las dos especies más comunes de alacranes de Arica serían:

a) *El Hadruroides lunatus* (Koch), de la familia *Vaejovidae*; esta especie recibe el nombre común de "alacrán o escorpión de los pedregales".

b) *El Brachistosternus ehrenbergi* Gervais, de la familia Bothriuridae esta especie recibe el nombre común de "alacrán de los arenales".

c) Es importante notar que las especies pertenecen a dos familias diferentes.

Clasificación general:

Phylum	Artropoda
Sub-Phylum	Chellicerata
Clase	Arachnida
Orden	Scorpionida
Familias	Vaejovidae
	Bothriuridae

2 a) Expediente formado por el Sr. Alcalde don José Joaquín de Oviedo sobre las revoluciones de los indios insurgentes en esta provincia de la ciudad de Arica, año 1781. Archivo Judicial de Arica, Administrativos de Arica, Legajo Nº 5, pieza Nº 1, fs. 45R, 61v, 63v, 71R, 74v. Archivo Nacional de Chile.

b) Pacificación de la Rebelión de la ciudad de Arica, año 1783, Biblioteca Nacional de Lima. C. 4189, f. 10R.

c) "Diligencias del Cabildo de Arica para vender sitio a don Paulino Tapia y con ese dinero erigir una carcel". Notariales de Arica, Vol. 17, fs. 566R y siguientes. Archivo Nacional de Chile.

BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ, Luis *et al.* 1980 — Arica en el tiempo. Imp. Universitaria. Santiago.

ALVAREZ y JIMENEZ, Antonio 1948-1973 — Visita al Partido de Arica de la provincia de Arequipa. En V.M. Barriga: *Memoria para la Historia de Arequipa,* T. VI, 53-84, Arequipa.

ARMADA NACIONAL REPUBLICA DE CHILE 1961 — Derrotero de la costa de Chile, desde Arica hasta el Canal de Chacao. 4ª Edición. Valparaíso.

BARROS ARANA, Diego 1885 — Historia General de Chile. Tomo V, Santiago.

BERTONIO, Ludovico 1612 — Vocabulario de la lengua aymara. Juli, Chucuito.

BIBAR, Jerónimo de 1966-1558 — Crónica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile. Edición facsimilar del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago.

CIEZA DE LEON, Pedro 1962-1553 — La crónica del Perú. 3ª Edición. Madrid.

CUNEO VIDAL, Rómulo 1977 — El alacrán sagrado. En leyendas de Arica, Tarapacá y Atacama. Obras completas. Tomo V, Vol. X. Lima.

DAGNINO, Vicente
1909 El corregimiento de Arica. 1535-1784. Arica.

ENCICLOPEDIA DE ARICA
1972 Ensayo de información general del Departamento de Arica, publicado con el auspicio de la Universidad de Chile. Santiago.

FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo
1901-1557 Historia general y natural de las Indias, islas y tierras-firme. José Toribio Medina, Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXVII.

FREZIER, M.
1902-1716 Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile i el Perú, durante los años 1712, 1713 i 1714. Traducido por Nicolás Peña M. de la primera edición francesa de 1716. Santiago. Relation du voyage a la Mer du Sud, etc. Amsterdam.
1716 Relation du voyage a la Mer du Sud, etc. Amsterdam.

KELLER, Carlos
1946 El departamento de Arica (Censo Económico Nacional de 1943). Santiago.

LA CONCORDIA DE ARICA
1965-1967 Periódico.

MARTINEZ LEMOINE, René
1977 El modelo clásico de ciudad colonial hispanoamericana. Departamento de Planificación Urbano-Regional. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad de Chile. Santiago.

RIOS VENEGAS, Conrado
1914 Arica en el presente y en el porvenir. Su saneamiento. Santiago.

URZUA, Luis
1969 Arica puerta nueva. Santiago.

VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio
1948-1618 Compendio y descripción de las Indias Occidentales. The Smithsonian Institute, Washington.

VILLALOBOS, Sergio
1954 Almagro y el descubrimiento de Chile. En Mellafe: Diego de Almagro, Santiago.

WORMALS C., Alfredo
1968 Frontera Norte. Santiago.
1972 a Historias olvidadas del Norte Grande, Arica.
1972 b Cosas del pasado. En Enciclopedia de Arica, pp. 17-32.